

C

DON CAMILO

Gino Cervi

I

Fernandel

N

Director
DUVIVIER

E

Texto original
de GUARESCHI

M

EDICIONES PALLINAS - Madrid

A

DEAR FILM del libro homónimo
de D. GUARESCHI





DON CAMILO

DEL LIBRO HOMONIMO DE
G. GUARESCHI

ACTORES E INTERPRETES:

Don Camilo . . FERNANDEL

Peppone GINO CERVI

FRANCO INTERLENGHI - VERA TALQUI - SY LUJE



Dirección: JULIEN DUVIVIER

DEAR FILM

DOY GAMLO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DOY GAMLO

DOY GAMLO

DOY GAMLO

DOY GAMLO

DOY GAMLO



La Don Camillo que descubrió por un bello tributo levantado frente a la Iglesia.

DON CAMILO

NOVELA CINEMATOGRAFICA COMPLETA

SEGUN TEXTO ORIGINAL DE

G. GUARESCHI

En cierta parte del Valle del Po (Italia) hay un pueblecito singular, donde ocurren cosas muy extrañas, que no caben en ningún otro sitio del mundo.

A primera vista parece un pueblo como otro cualquiera, con su plaza rectangular y algo severa, con sus calles rectas y espaciosas, en las que el sol, inmensurable, calienta a sus vecinos la cabeza.

Pero escuchas y luego juegan ustedes.

En el verano de 1948, inmediatamente después de la proclamación de la República, se convocaron elecciones municipales en toda Italia.

También hubo en aquel lugar gran cantidad de manifestantes y de mítines con anterioridad a la lucha electoral. Y para continuar, precisamente en su turno de estambóticos, eligieron aquellos votantes, por gran mayoría, una administración roja.

El sillón presidencial del Ayuntamiento fué a



2. Las comunistas celebran su victoria en las elecciones municipales.

3. Un explosivo en Fenice, al nuevo alcalde.



4. Don Costantino de la parroquia al alba.

5. ...pero al nacimiento de su hijo del Alcaide viene en su ayuda aún mejor que los compañeros.



6. En el cuarto del conde, Peppone y Don Camillo se pelean por causa del barbero.

7. ...del hijo de Peppone, que temerá por llamarse Camillo Iorio.





8. Don Cualla bardiño la priorem
corno de la Casa del Píñolo.

compartía Peppone, el jefe municipal local. El único representante de la oposición que había logrado un puesto de concejal era el abogado señor Spilatti.

Peppone, de pila José Bettini, era un hombre inteligente y vivo, de palabra fácil. A pesar de su tercer grado de enseñanza primaria e elemental, se veía en ocasiones apurado para el desempeño mecánico del cargo, y eso que estaba impregnado de bolchevismo, como si le hubiesen estado bañando en un baño de nínfa durante una temporada completa.

Aquel día festejaban los rojos la victoria «democrática» de la democracia progresiva con el estallido fallido de un «federativo» enviado por el Sur provincial.

El nuevo alcalde, rodeado de poder y arrogancia por todos los poros de su piel, desde la tribuna de las autoridades prometió a la futura municipalidad levantar cuanto antes una verdadera Casa del Pueblo, provista de cinematógrafo, de baile y de «otras iniciativas culturales».

El bello arquitecto de cuyo nombre no se acordaba, que edificara la iglesia proclamando en la plaza principal del pueblo, su llegada a imaginarse, ciertamente, las diqueses que iba a proporcionar al señor cura, don Camilo, un sacerdotito nada puritano, prototipo del que se necesitaba en pueblo tan extraordinario.

Sea como fuere, el caso es que a nuestra buena pazanca, mientras los camaradas continuaban sus discursos y aclamaciones, se le comía la bika.

Y por requerirlo así una población como aquella, fuera de la corriente, pastorea ante el santo Cristo, que lo miraba desde la cruz con aliento a un tiempo algo burlón y empesivo, y, quejándosele agudamente, le dijo:

—Decídme, Vos, Jesús mío, si puede permitirme uno de esos silbidos junto al templo parroquial. (Es un sacrilegio!) (Es un atentado de moral!) (Yo me voy, si Vos me lo permitís, a ajustarle a ese los cuernos).

—No, Camilo—repon el santo Cristo—: es el progreso. Tú te estás aquí. Esta es tu casa y puedes hacer en ella lo que quieras. Fuera de.

—Todavía no había terminado el Señor de de-

cir esas palabras cuando ya iba corriendo don Camilo.

Lo volvimos a encontrar arriba, en el campanario. Ha dejado el biki en un repecho y está haciendo resonar las voces trancasadas por todo aquel valle; aquella es su casa y puede tocar las campanas como quiera.

Abajo, en la plaza, los hombres interrumpen su ocio. Don Camilo los observa atentamente desde lo alto.

Ve que, de pronto, alguien se acerca a Peppone y le habla al oído.

El nuevo alcalde levanta los brazos al cielo («Ese lo ha tomado conmigo», piensa don Camilo) y después se pone en marcha, seguido de todos los demás.

A don Camilo le oscilan dudas sobre la legibilidad de su intromisión.

Sin embargo, empuja el moquetón, que no le ha abandonado ni en solo instante en sus andanzas por el campo, ni siquiera durante la ocupación olímpica, y espera que suba la marea alutante.

Ya está pensando en el linchamiento a manos del populacho rojo enfurecido, cuando (y el santo Cristo de la cruz se acordó) todo aquello quite súbita una caída y se deja por ahí.

¿Qué había ocurrido? Simplemente, que la mujer de Peppone tenía un recién nacido, otros camaradas.

En la plaza quedaban algunos «personas de orden» acostumbrado al suceso, entre los que se encontraban la señora muerta del tiempo en que Peppone y don Camilo eran aliados, la anciana doña Cristina, monárquica hasta los tuétanos, y Gina Filippi, hijo de un propietario terrateniente de ideas burguesas. La chica, que había regresado del colegio, en donde estudiaba perfectamente para maestro, estudiosa a su antigua profesión, cuyo puesto en la escuela primaria del lugar pensaba ocupar algún día, porque la maestra que lo servía no era natural de allí.

Gina, chica despierta, era también agraciada, puede decirse que guapa; su permanencia en el colegio había estado rodeada de bellas suavidades por los recuerdos de Mariolina, un chico de la «Brocchia», heredad lindante con la de los Filippi.



10. La femme parvint à empêcher le vicomte de monter à cheval à son tour. (www.l'espresso.com)



11. Rita s'adresse à son mari, dans les jardins du manoir.
Les deux de la scène précédente, interprétés par Clara Biani.

11. Don Carillo, un sacerdote, nel suo battente, a destra, si nasconde.





A esta Mardollan lo había visto ella, aun después de presentar sus respetos a doña Cristina, correr con los demás rojos detrás de Peppone, siendo el que llevaba la bandera del partido comunista.

El encuentro de ambos jóvenes quedó marcado, desde luego, por motivo de sus ideas políticas opuestas; se pusieron de morros, aunque sabían que el temoso boquete de la pared divisoria de sus propiedades les proporcionaría ocasiones de verse con frecuencia y por toda la vida.

Para aquella tarde otra novedad sorprendente esperaba a los vecinos del lugar: sin saber cómo, había ardido la «Brocca», un edificio abandonado desde hacía varios años.

Todos comentaban el suceso; pero el más intrigado era Peppone, que quiso acercarse para ver lo ocurrido.

También acudió a verlo don Camilo y de-

tuvo por un brazo al alcalde cuando comprobó que estaba decidido a entrar, y le dijo:

—Mira, no encontrará nada. El arsenal que tenían ustedes ahí se ha quemado —y sentenciado, al ver la cara de asper de su rival, le detalló minuciosamente el inventario de las armas.

Un párroco que él solo y de noche hace desaparecer con un buen lacudillo el depósito de armas de los comunistas es algo que no se concibe en todos partes.

Don Camilo estaba muy satisfecho de su presa, aunque no hablase de aquello con Jesús; se limitaba a frotarse las manos en la sacristía.

A la mañana siguiente recibió la visita de la esposa del alcalde, que, con el niño en brazos, iba para concertar todo lo relativo al bautizo.

Don Camilo lo trató bien; pero cuando supo

que deseaba se le impusieron a la criaturita los nombres de Libre Antonio y Lenta, despachó con cajas destempladas a la madre y al hijo.

Aun le estaba riñendo al Señor por aquella acción tan poco misericordista, cuando se abrió la puerta y entró Peppone en persona con su niño.

—No me tré de aquí hasta que no haya bautizado a mi nene—dijo Peppone con alta pendencia.

La discusión terminó con un round magnífico, que se desarrolló en el patio de las campanas, mientras el pequeño gimoteaba en un banco de la iglesia.

Vencedor: don Camilo.

Tal vez por eso, cuando se trató de imponer el nombre en la pila bautismal, Peppone no se atrevió a mandarle a Lenta y dijo:

—Libre Antonio Camilo.

Don Camilo, aunque estaba atorado de Lengua la importante ceremonia se sintió conmovido.

—Bueno—dijo—¡Camilo Lenta. Con un Camilo a su lado aquellos tipos no brán a ninguna parte.

La vida se desarrolló con bastante tranquilidad.

Los señas habían establecido su periódico semanal. Pero siempre que lo ponían, una manita misteriosa escribía: «Peppone es un burro.»

La cosa tenía contrapicados a los señas, que no lograban descubrir al culpable.

Aquel misterio llevaba algún tiempo de existencia, cuando a Peppone se le ocurrió la confesión.

Don Camilo no rechazó creencia del deseo de su antiguo-enemigo.

Peppone, que no se había confesado desde 1918, tenía mucho que contar. Pero lo que más impresión le hizo a nuestro don Camilo fue oírle que su una noche copara le había dado una paliza al señor cura de entonces.

Este pecado merecía una penitencia especial. Así es que, además del mismo acostumbrado de oraciones que rezar, el alcalde recibió un puntapié al hoc por detrás de sus penitencias.

Cuando Peppone se hubo marchado reprendió severamente Jesús a don Camilo, recordándole, entre otras cosas, la mala oculta que escribía «Peppone es un burro.»

—No es culpa suya si, por tener que trató





16. El y Don Cuellar se esfuerzan durante toda la noche de limpiar los establos y de dar pieles al ganado.

17. Don Camilo, titulado de cura cuando por cuestiones de otras localidades, se fue...



lar, fué poco tiempo a la escuela—le dijo Jesús.

Don Camilo ofreció hacer penitencia, a su vez, remunerado a medio céntimo.

Y, electrónicamente, explicó al que le quedaba.

Pero Jesús fué más allá de lo que don Camilo suponía.

—Si quieres que la penitencia surta sus efectos, tira también las cestas del cigarro—añadió el Señor—. Y, además, tendrás que cartear los ocultos del potólotro mami.

Don Camilo se vio pues, obligado a presentarse al mal tiempo buena cara: así es que cuando acudió Peppone con un pliego para su corrección, le hizo de buena animo. Corrigió los fallos, y entre los trabajos que habían de recabarse por cuenta del Ayuntamiento, añadió el de la reparación del campanario de la Iglesia. Peppone no dejó de aceptar la propuesta.

—Ahí—expuso muy serio al cura—, se trata de una cuestión de reglas gramaticales.

Cuando Peppone se fué con su escrito bien corregido, don Camilo se presentó a Jesús para recibir sus alabanzas.

—No has hecho más que cumplir con tu obligación. Pero, ¿de dónde has sacado eso de cigarro?

En vano había tratado don Camilo de esconder la mina.

Sobed—dijo un poco recatado—que Peppone es partidario de la distribución de la cigarrera. Y como tenía dos cigarreros, le he tomado uno...

No habían transcurrido muchos días. Hallábase aquella mañana don Camilo trabajando en su huerta, cuando se le presentó Bailán para invitar al señor cura parroco que fuese al auto de la tarde con la candelera y el tiempo de las bendiciones.

Don Camilo no podía rechazar una invitación oficial. Y se presentó en el lugar indicada, en donde Peppone, muy ufano, se hallaba colocando la primera piedra para la Casa del Pueblo.

Don Camilo tuvo que bendecir, aunque de mala gana. Pero mientras pensaba entre sí de dónde habría sacado el dinero para comenzar los trabajos.

De esa forma solía a retrasar la faena del curato, requiriendo a los alemanes y los diez millones que su vea había proporcionado a

los rejos, quienes, por el contrario, declararon a las autoridades de entonces que los diez millones se lo habían llevado otra vez.

Don Camilo deseaba mucho tener un Parque de Atracciones, tanto que jugó a no se habría prescrito la acción de conseguir una buena parte de aquel dinero.

Tras un diálogo con los rejos, don Camilo consiguió que le diesen tres de los diez millones del curato.

«No he perdido el tiempo—pensó después—: está en la época de los curos activos.» Y le iba curón, indistintamente.

Que los sacerdotes debían ser activos lo demostró de tal manera, que nadie se atrevió a dirigirse con frases poco correctas que reservaban para los socialistas los temerarios de aquella entijecida costumbre.

Aquel día iba don Camilo por la calle montado en su bicicleta, no muy propio, ciertamente, de su hábito sacerdotal. Los cafés estaban abarrotados por haber anulado la huelga general, que en vano había intentado impedir Peppone, con muy buen sentido práctico, ofreciendo unos los fuertes a razón de 1.000 liras la huelga.

Para reforzar las patrullas de vigilancia contra los esquemas, habían enviado algunas comorodas de otras localidades.

—Ahí—gritó uno de ellos al apartarse don Camilo—, ¡un cura corriendo!

La frase tuvo éxito, y la repitieron tanta, que don Camilo se paró, se acercó a las papagayos y, sin decir palabra, levanta una mano enorme y la arrojó sobre los desdichados. Se armó un alboroto terrible: hubo pañuelos y manos por el suelo. Total: 15 heridos.

Peppone se quedó aludido y se fué a ver al obispo con gran ceremonia.

En ilustración, persona angelical, aunque de clara inteligencia, les prometió que trasladaría al párroco. Pero ninguno quiso aceptar a uno que no fuese don Camilo, pues sólo el señor



18. — p. foreign to read the book
are the multichooda. —



19. — Les deux hélicoptères (en haut) : Don C. —
gao et alla, con el Santo Cristo en sus brazos.

hacer frente a ciertos problemas y a ciertos individuos.

Entonces el señor obispo llamó a don Camilo e hizo que le contase lo sucedido con la mesa.

—Era una mesa como aquella—respondió don Camilo a las preguntas, señalando la mesa de trabajo de su ilustrísima.

—¿Como aquella?—repuso el señor obispo.—A ver, levántela usted—añadió.

Don Camilo hubo de obedecer, y no sólo la levantó, sino que se vio obligado a lanzarla también a través de la sala.

Se produjo un estrépito colosal. La mesa estaba rota; un cuadro enorme había caído, haciéndose pedruzcos. A los que acudieron, asustados, les explicó, sonriéndose al señor obispo:

—He sido yo. Don Camilo me ha hablado... y entonces.

Don Camilo volvió a su casa bastante incomodado con los ojos. Estaba, además, muy cansado. Durante el día y la noche precedentes había permanecido encerrado en un establo en compañía de Peppone con un montón de papales y... algunos cubos de leche.

Sucedía que la huelga, que se prolongaba demasiado tiempo, impedía hasta que las dueñas sacasen las reses al pastoreo.

Las vacas lecheras mugían sin cesar, pues sus ubres estaban colmadas, los pesetres sin pizarra y los compartimientos sucios. La honra vibraba con sus voces roncadas de una forma impresionante.

Don Camilo no había temido, desde un principio, tanto en el asunto; pero luego, como todos los comadres del lugar le rogaban que interviniera de la forma que fuera, se decidió a ello por fin.

Tomó su bastón o escondites para que el santo Cristo no le dijera nada—al menos, por el momento—y se dirigió al establo de los Filati, en donde decenas y decenas de vacas esperaban la ayuda del hombre.

A mitad de camino, después de sortear la guardia armada, se encontró con Peppone. Aquellos animales, que se merician el cabe de dos o tres días si no se ponía remedio adecuado, no se iban tampoco del pensamiento del alcalde. Pero ¿cómo proceder para salvar los animales sin perjudicar a los huelguistas?

Don Camilo lo sorprendió en estas reflexiones. A una orden de Peppone para que se detuviera si no quería que una bala pudiese atravesarlo, contestó:

—Bien sé yo que, por poderes que sean ustedes, no se atreverá Peppone a dispararme por la espalda.

Y prosiguió su camino. A Peppone no le quedó otro remedio que seguirlo hasta el establo, haciendo reticar con un pretexto cualquiera, al destino de aquel lugar.

Trabajaron toda la noche como negros, ordeñando, llenando los pesetres y haciendo la limpieza.

Cansados y sudados estaban cuando el sol salió. Pero no podían salir si querían evitar las críticas. Y, además, estaba de por medio el honor de la huelga.

Mientras todo el pueblo se preguntaba dónde se habrían escondido el alcalde y el párroco del lugar, ambos autoridades se hallaban brindando con sendos jarros de leche en espera de la noche.

*
* *

La huelga quitó días que terminara por aquellas días, y las cosas parecían marchar mejor. Don Camilo tomó nuevas fuerzas y más vitalidad.

Preparó a Peppone la celebración de un partido de fútbol entre el equipo del matador, «Gallinista», y el del partido comunista, «Dinamo».

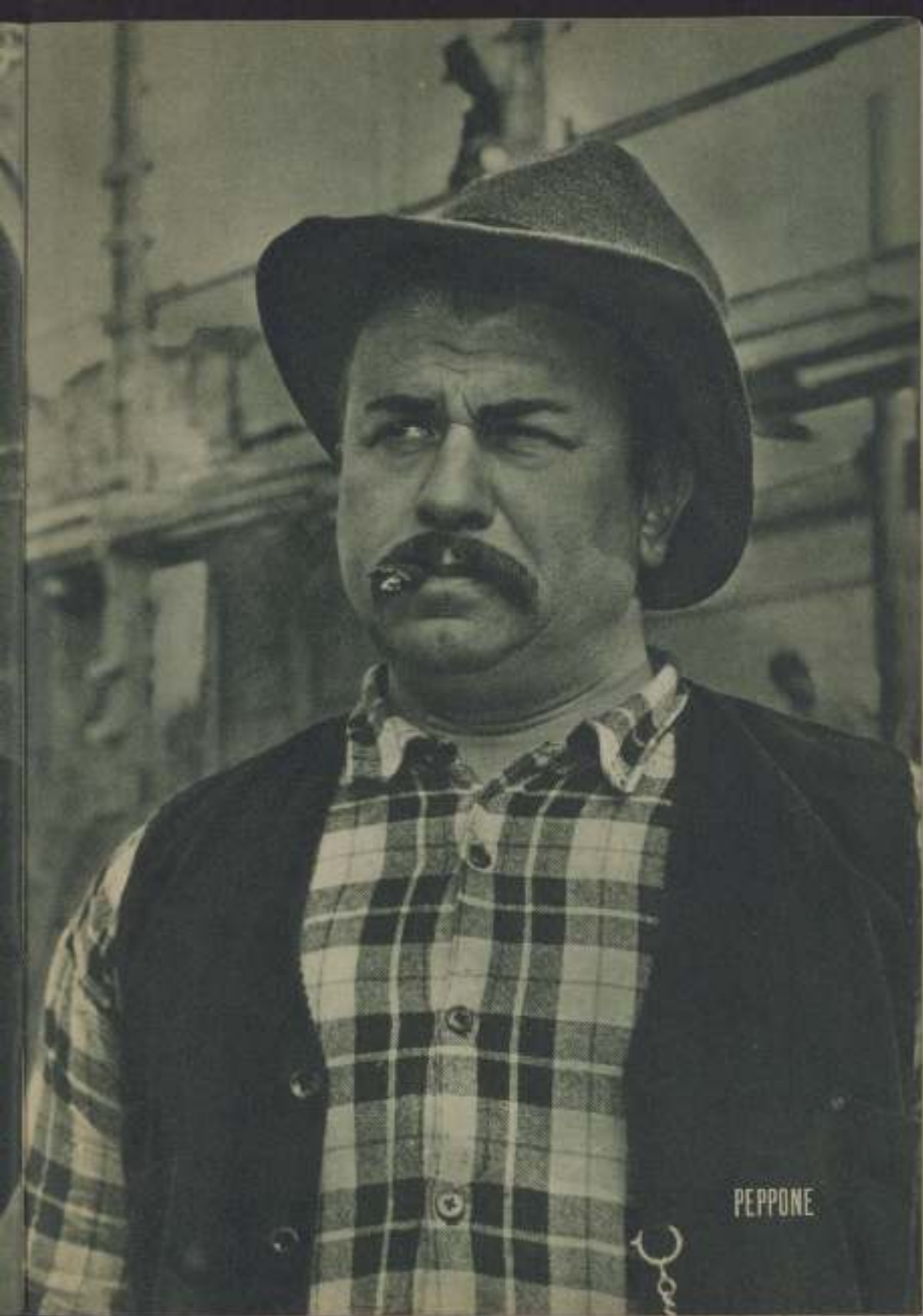
En realidad, se trataba de una especie de truco de propaganda ideado por don Camilo, que empezaba de ese modo a llamar la atención de sus talperras sobre las organizaciones que estaba realizando con los tres millones que había heredado a Peppone.

—Sí, sí—le dijo éste, que había comprendido—: inauguren ustedes el Parque de Atracciones a plazos.

Como fuera, acordaron que se celebrara el encuentro. Pero las relaciones entre los rojos y don Camilo andaban tristes.



DON CAMILO



PEPPONE

Ch



20. Un perro sigue al
Santo Cristo para
vigilante de las
barreras cobradas.



21. Alto caso, frente al
St. Cruz, esperando, fan-
ta, los soldados.



22. Se alarga, élite, y
el pueblo viene, re-
gistra el Registro.

23. Efectivamente, Pappone ha tentato desubordinare i suoi luigi.



24. Muore Doha Cristina, la señora maestra; questa sera avvolgerà nel suo orpigno bandiera italiana. Se discute con una madre e la sua madre Don Carlo.

25. La Cooperazione municipale si contratta. Piero Pappone, da molto tempo, convulso, si complica a la di fatto.





26. El desfile procesional agarra nel férreo cablarlo con la bandera de la Cruz de Saboya.

27. El Sr. Cálpa envía a Don Cereño a descansar. Huelix acode a despenhilo.



Ella se vió al día de la procesión: los comendados habían hecho subir a todos que aparecieran a quien fuese detrás de la cruz hasta al río.

Cualquier otro párroco habría desistido de la empresa.

Pero don Camilo entró de la iglesia desierta, con el santo Cristo en sus brazos: un perro se acercó y lo siguió.

—No lo despañes—dijo Jesús a don Camilo—; así no podrá decir Peppone que a la procesión no había asistido ni siquiera un perro.

Don Camilo se encaminó por las calles de la población; allí abajo, donde los carros terminaban, estaba esperando toda la multitud.

Las rojas formaban una barrera en primera fila para impedir que pudiese nadie seguir a don Camilo. En cierto sitio, don Camilo tropezó con toda el partido comunista frente a él.

Una muralla gigante.

Aquel era precisamente el momento cuando, al instante en que vencería el prestigio del más fuerte, Don Camilo no era de los que votaban.

—Teneos de pío—murmuró al santo Cristo, y bajó hasta el suelo la cruz como si fuese un niño.

Como por encanto, se abrió un pasillo y la procesión se formó, con Peppone a la cabeza.

Si que dijo el alcalde que se descubriría por Aquel de arriba, no por el párroco; pero era evidente que don Camilo había ganado aquella batalla, que él solo sostenía en silencio desde hacía varios años entre las rojas, una unión de una especial y secreta amistad con Peppone, con quien había compartido los años de la infancia, la trinchera y la rivalidad del lugar aquel.

*
* *

Se encontraba muy tranquilamente don Camilo en la sacristía aquella noche, cuando lo reclamaron unos golpes en la puerta.

Era Gino, que iba a pedirle ayuda. Ella y Mariolina, aunque continuaban enemistadas, ha-

bían proseguido los coloquios de su niñez a través del boquete abierto en la pared divina, hasta que de la amistad había brotado el amor. Querían casarse; pero como los respectivos padres—los de la «Bruciata», que eran los de Mariolina, y los Filotti, de Gino—no querían saber absolutamente nada del asunto—los dos viejos se injuriaban cada vez que se veían—, ellas dos se habían escapado.

Y allí estaban—que también había nombrado su cabero Mariolino—, y querían casarse este seguido.

Don Camilo les dijo que no podía ser, y más siendo Gino menor de edad. Mariolina dispuso algunos improperios al cara reaccionario y se llevó a Gino, dejando bastante inquieto a don Camilo.

Los dos jóvenes se dirigieron a casa del alcalde, pero tampoco los recibió mejor. También se alejaron de allí murmurando amenazas.

Pasados unos horas, la mujer de Peppone le hizo ver que los dos novios podían cometer la torpeza de suicidarse, y, muy preocupada, el alcalde convocó con urgencia a los de la «Bruciata», que eran todos comunistas, y se dirigieron con lanternas hacia el río.

La pareja de los jóvenes se encontró entre dos fuegos: por una parte, Peppone y las suyas; por la otra, don Camilo, llamado por la madre de Gino, que se encontró con una corte de despedida.

A don Camilo le seguía toda la familia Filotti, y apenas se vieron los dos grupos, en vez de congratularse por haber encontrado a los dos chicos, comenzaron a insultarse en todas las tonas imaginables.

Don Camilo sabía que todo aquel odio lo fomentaba un antiguo rencor entre los dos viejos, y como éstos dijeron que querían cegarse, ordenó a todos las demás que les dejaran pagarse cuando les viniera en gana y no amedrentasen en lo sucesivo el porvenir de los demás.

El casamiento fue decidido unos días después: pero Mariolina sintió asustado del partido de balompé que se había jugado el domingo entre el «Gallardia» y el «Dinamo» ante el pueblo entero (perdieron los del «Gallardia» porque el árbitro—que, por otra parte, tuvo que refugiarse en la iglesia para librarse del furor



28. Se cruce a la estación
entre el Centenario. Los
carros han establecido
las rutas y con la
devoción.



29. Los trabajadores han
dado a la estación de
trabajo se detiene el tráfico y
Don Ciro de la casa
estaciona y comienza a
trabajar.

30. Aquí en la estación
termina Papamena y los
carros se han detenido
en una estación
de tránsito.



del pueblo—había recibido 2.500 liras de Peppone y sólo 2.000 de don Camilo).

Pero un lujo electó a todos de verdad. La antigua moestra doña Cristina que en los últimos meses había tenido que reposar las cuentas a los de la Corporación municipal para que pudieran entenderse, había fallecido.

En las últimas horas de su vida había llamado, primeramente, a don Camilo, con quien se confesó, manifestándole que ningún pecado le quedaba la conciencia; y luego a Peppone, a quien perdonó las cosas que de pequeña había llevado a la escuela.

El último deseo de doña Cristina fue que no existiera a su entierro el mazo lácteo y que envolvieran su ciudad con «su» bandera, la que ostentaba el escudo del rey, a quien las desalmadas y sin Dios habían enviado a una tala desierta. Así lo tenía pensado desde varias años antes.

Peppone expuso el asunto a la Corporación municipal, y ésta se opuso a la de la bandera con el escudo real. Pero el antiguo escolar no había perdido el respeto hacia su moestra y dijo que quienes mandaban allí eran los comunistas y que él, no ya como alcalde, sino como jefe y cabeza de los comunistas, determinaba que doña Cristina tendría su bandera.

Y así fue, en efecto.

*
* *

Se aproximaba el día de la inauguración de la Casa del Pueblo; pero don Camilo tampoco se había dormido.

Así, sucedió que las dos obras estuvieran terminadas para inaugurarse el mismo domingo.

Don Camilo había llamado al señor obispo. El asunto mayor de Peppone estaba al cuidado del asunto.

El día fatídico, un camión, con una avería simulada, quedó situado en medio de la carretera para detener irremediablemente al auto del obispo.

Y éste, debiendo dar la vuelta por otros co-

ñecos, perdió el tiempo preciso para que fue se inaugurada primeramente la Casa del Pueblo.

Pero Peppone no había tenido en cuenta la actividad de su ilustrísimo. Mientras uno de sus emisarios no pudo resistir a la delicadeza de abrir la portanuela del auto episcopal, Peppone vino saludado con cordialidad y a la corta tiempo de penurias palabras, tocado del brazo el señor obispo, que, sin permitirle disculparse, hizo que lo acompañara hasta el Parque de Armonías.

Los compañeros del jefe comunista llegaron a pie, despacha, como en procesión, detrás de ellos.

Y Peppone hubo de ver a su hijo Mario dar la bienvenida al señor obispo, pronunciando una breve posita y ofreciéndole un ramo de flores; en el rostro del alcalde comunista se dibujó una sonrisa oculta de complacencia instintiva.

Tanto gentileza merecía un premio, y su ilustrísima simuló coquetos y guñolos para ir a visitar nada menos que la Casa del Pueblo, no en pura figurarse la cara que pondrían las camaradas!

Pero aquel viajecito tan menudo y, no obstante, de gran autoridad terminó haciéndose espléndido.

Don Camilo separaba.

Por la noche, la alegría era general. Hasta el señor Filotti y el señor de la «Brucina» terminaron subidos.

La única sombra de la jornada eran los moigotes del fin al blanco. Don Camilo se vio bien representado en la causa. Nadie se atrevió a disponer sobre su estige de modern.

Pero Peppone tenía dentro de sí todo el amargor de la mañana para desahogar; dispuso el mirando al modelo—don Camilo—con trépa.

Más no permitió Jesús, desde la cruz de la iglesia, que su stereo fuese vilipendiado y anuló la charnela del mufeta.

Todo parecía haber terminado allí, tras el gogo general, incluidos Mariolina y Gina, cuando, por efecto del vino, se excitaban de nuevo las pasiones y se desbordaron.

El señor obispo vió a don Camilo volver a la sacristía malperdo y sudoroso. El oculto prelado no dijo nada, pero por después nun-



daba el párroco de aquel pueblecito tan singular a tantos un mareado descomulgado.

El día de su marcha, como aquel de la procesión, el pueblo estaba solo. Nadie se atrevió a ir para saludar al párroco.

Una lágrima de amargura se deslizaba por los ojos de don Camilo cuando el tren se puso en marcha.

Pero en la primera parada, una gran cantidad de paquetes, estrecheces de mano, saludos y millores confortaron el espíritu del pobre hombre.

El tren arrancó de nuevo. Don Camilo estaba casi satisfecho, pero no se le iba Peppone del pensamiento.

El amigo-enemigo no había dado señales de vida.

Y entonces, una nueva sorpresa. En la segunda parada, la última del término municipal, todo el partido comunista de la localidad, con Peppone a la cabeza, estaba esperándolo para ofrecerle un saludo que superaba las ideologías y unió a los hombres.

FIN

LINE ALBUM

FOR THE YEAR 1900

Published by the

AMERICAN ALBUM COMPANY

NEW YORK

1900

Price 25 Cents

Per Dozen \$2.50

By Mail Add 5 Cents

Postage Paid

NEW YORK

1900

Printed by

AMERICAN ALBUM COMPANY

NEW YORK

1900

Copyright 1900

AMERICAN ALBUM COMPANY

NEW YORK

1900

Printed by

AMERICAN ALBUM COMPANY

NEW YORK

1900

Printed by

AMERICAN ALBUM COMPANY

NEW YORK

1900



CINE ALBUMS

DON CAMILO

TERESA

KIM

EL PRINCIPE Y EL MENDIGO

EL GRAN CARUSO

EL PADRE DE LA NOVIA



En Prensa:

MUJERCITAS

EL PADRE ES ABUELO

CAPITANES INTREPIDOS

ADIOS, SEÑORA MINIVER

LAS MINAS DEL REY SALOMON

EDICIONES PAULINAS

Carretera, 18 (Puerto Real)

MADRID